

# LAS RAÍCES DE «EL DUENDE-BESO» (1897), UN CUENTO DE VALERA

Juana Toledano Molina  
Académica Correspondiente

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

Juan Valera.  
Cuento.  
«El duende-beso».  
Fray Antonio de  
Fuentelapeña  
*El ente dilucidado* (1676)

Análisis de un cuento tardío de Valera, «El duende-beso» (1897), y de sus raíces literarias en un libro curioso, *El ente dilucidado* (1676), de fray Antonio de Fuentelapeña, un escritor español, capuchino, del siglo XVII. Tanto el autor del libro barroco como sus ideas acerca de los duendes informan el relato de don Juan Valera, un texto poco valorado.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

Juan Valera.  
Story.  
«El duende-beso».  
Fray Antonio de  
Fuentelapeña  
*El ente dilucidado* (1676)

Analysis of a late story by Valera, «El duende-beso» (1897), and its literary roots in a curious book, *El ente elucidado* (1676), by Brother Antonio de Fuentelapeña, a Spanish writer, Capuchin, of the 17th century. XVII. Both the author of the baroque book and his ideas about goblins inform the story of Don Juan Valera, an underrated text.

---

## UN LIBRO RARO Y UN CUENTO EXTRAÑO: *EL ENTE DILUCIDADO* (1676), DE FRAY ANTONIO DE FUENTELAPEÑA Y «EL DUENDE-BESO» (1897)

De la afición bibliofílica de Valera por los libros clásicos españoles encontramos noticias diversas en su amplia correspondencia. Así lo constatamos, por ejemplo, en una carta a Serafín Estébanez Calderón, desde Lisboa, el año 1851, donde escribe:

Últimamente he comprado por mí y para mí, la Ulyxea del secretario Gonzalo Pérez, Amberes, 1556; el Marcos de Obregón, Madrid, 1618, y un libro que me divierte muchísimo por lo desatinadamente erudito, y por la extravagancia de su asunto; hablo

del Ente dilucidado del Padre Fuente de la Peña, Madrid, 1677. Estos libros, como la mayor parte de los que compro, están tan cuidadosos, bien encuadernados y curiosos, que no parece sino que acaban de ser dados a la estampa, y al público<sup>1</sup>.

Y en otra misiva, ahora dirigida a Heriberto García de la Vega, desde Río de Janeiro, en 1853, vuelve a referirse al religioso cartujo en estos términos:

¿Qué partido no sacaría un poeta ingenioso de un nuevo ser inteligente, distinto del hombre, pero superior o igual a él en entendimiento que, con otro modo de sentir, apareciese de pronto, por virtud natural de la tierra o del aire, como los duendes del Padre Fuente de la Peña?<sup>2</sup>

Incluso en la correspondencia que mantiene desde Rusia, con Leopoldo Augusto de Cueto, en carta de 1857, vuelve a referirse a la cuestión:

Y me parece que, por ejemplo, para ver los duendes, no ha de ser menester un sentido más, sino tener muy aguzado o perspicaz alguno de los que ya tenemos, y singularmente la vista o el oído, por donde creo a pies juntillas que el padre Fuente de la Peña trató con los duendes, e inspirado por ellos escribió su famoso libro *El ente dilucidado*<sup>3</sup>.

Y mucho más tarde, en 1886, desde Bruselas, escribe a su gran amigo el Barón de Greindl:

Lo que más chiste tiene esto para mí es que el transformismo se parece a la filosofía del padre Fuente de la Peña, provincial de capuchinos y autor del *Ente dilucidado*. Allí ve una también a la materia prima, apeteciendo, buscando formas y pugnando por hallarlas. Así es que ya topa con forma ratónica y salen ratones, ya con forma gatuna y salen gatos, ya con forma duendina y salen duendes. *El ente dilucidado* es uno de los libros más profundos y más amenos que se pueden leer<sup>4</sup>.

Además de las referencias bibliográficas localizadas en la correspondencia, podríamos considerar una especie de prueba de haberlo leído un frag-

<sup>1</sup> Juan Valera, *Correspondencia. Volumen I. 1847-1861*, ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, 2002, p. 163.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 228.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 458.

<sup>4</sup> Juan Valera, *Correspondencia. Volumen IV. 1884-1887*, ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, 2005, pp. 580-581.

mento inserto en el ensayo *Sobre el arte de escribir novelas en este tiempo* (1887), donde anota:

El P. Fuente la Peña, en *El ente dilucidado*, habla de una señora Condesa que, según testimonio de autores fidedignos, paría de diario. ¿Puede haber mayor desventura? Y, no obstante, hace reír y no llorar la maravillosa fecundidad de esta Condesa<sup>5</sup>.

Esta reflexión valeriana, cargada de ironía, procede de un punto específico de *El ente dilucidado*, en el que fray Antonio se pregunta «si podrá una mujer parir cada día del año, siendo el feto de nueve meses». Y he aquí lo que señala, como inicio de una argumentación de autoridad en favor de ese hecho, el crédulo fraile cartujo:

Fúndase la parte afirmativa en que por una parte no repugna, tenga a un mismo tiempo tantas criaturas juntas en el vientre, cuantos son los días del año, como se vio en la condesa de Holanda y en otras; y por otra, en que parece no repugna el que una mujer conciba todos los días del año concepciones distintas<sup>6</sup>.

Las razones que esgrime el religioso franciscano son absolutamente peregrinas y no vamos a entrar en ellas en este momento.

#### LAS PRIMERA EDICIÓN DE «EL DUENDE-BESO» Y LAS SIGUIENTES

---

El cuento de Valera, deudor de esta obra barroca, como iremos señalando a lo largo de esta aproximación, se publica en la primera página de *El Liberal*, correspondiente al día 11 de julio de 1897, y comparte página con otros dos textos narrativos, uno titulado «¡Alza, pajarita!», de Fernanflor, seudónimo del escritor y periodista madrileño Isidoro Fernández Flores (1840-1902), al que Valera respondería en su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1898), (el tema del discurso fue «La literatura en la prensa»)<sup>7</sup>, y otro, denominado «El parásito del tren» y subtítulo

---

<sup>5</sup> Juan Valera, *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, Madrid, M. Tello, 1887, p. 45.

<sup>6</sup> Fray Antonio de Fuentelapeña, *El ente dilucidado. Discurso único novísimo que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y cuales sean*, ed. Arsenio Dacosta, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2007, p. 273.

<sup>7</sup> Entre las referencias consultadas a propósito de este periodista, cfr. J. del Perojo, «Fernanflor», *Nuevo Mundo*, 16 de abril de 1902, pp. 8-10, texto escrito a raíz de su fallecimiento, en el que podemos encontrar numerosos elogios del personaje, como: «a Fernández Flórez como elegante, pulcro y refinado, así en el decir como en el escribir y en las cosas diarias de la vida; al académico nato, poseedor como nadie de los secretos y encantos de la lengua patria, no hay quien por poco que de letras sepa no le conozca

«Cuento», del autor más conocido en la actualidad Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928).

Por lo que se refiere al periódico madrileño *El Liberal*, que acoge estos textos, sabemos que procede de la separación de un grupo de redactores de *El Imparcial*, y de él se nos dice:

Será un periódico de gran formato, compuesto a cuatro columnas al principio y que después irá aumentando en número, insertando en su primera página los editoriales y artículos de fondo, y con secciones para las crónicas parlamentarias, las noticias de provincias, los telegramas del extranjero de la agencia Fabra, disposiciones oficiales, las crónicas locales, las cotizaciones de bolsa, la de espectáculos, cultos, libros y notas meteorológicas. Columnas como «A vuela pluma» y «Plato del día» tendrán la firma de Mariano de Cavia (1855-1920), que a la vez hará crítica taurina bajo el seudónimo de Sobaquillo a partir de su ingreso en la redacción en 1881. Será asimismo el periódico que introducirá y afianzará los anuncios por palabras, insertará necrológicas sin el símbolo de la cruz, adoptando el diario a la vez un anticlericalismo crítico, y prolongará el folletón típico francés. A partir del nueve de julio de 1889 aparecerá junto a su cabecera la leyenda de ser «el periódico de mayor circulación de España»<sup>8</sup>.

En la amenísima correspondencia del egabrense se pueden espigar algunas noticias con respecto a la publicación en el periódico, y así el narrador escribe a su amigo Mariano Pardo de Figueroa (1828-1918), es decir, al Doctor Thebussem, que era el seudónimo que empleaba habitualmente este escritor gaditano, el día 4 de julio de 1897:

Para el número de *El Liberal* de hoy no se me ha ocurrido nada, pero en este mismo instante he terminado uno a manera de cuento, que daré para *El Liberal* del domingo que viene y que se titula «El duende beso» (aquí desaparece el guion habitual entre los dos términos de esta palabra compuesta). Es obrilla muy moral y púdica, de la que ni los padres capuchinos pueden escandalizarse, y<sup>9</sup> me dirá su opinión (p. 284).

---

y admire, prestándole el pleito homenaje que se debe a los que por el propio esfuerzo alcanzan las alturas y la fama a la que él llegó»; «*El Liberal* todo lo es por el talento periodístico de Fernández Flórez», etc.

<sup>8</sup> Información procedente de la presentación de la edición digital de este periódico en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España.

<sup>9</sup> Es posible que Valera escribiese, o quisiera escribir, el temporal *ya*, que tiene más sentido en la frase que la mera conjunción coordinada *y*: «ya me dirá su opinión», podría ser el texto original.

La referencia a los padres capuchinos procede de que el autor en el que se inspira Valera pertenecía a los capuchinos, como hemos indicado.

El 15 de julio del año en cuestión escribe al mismo amistoso corresponsal una respuesta que explica, en parte, la escasa extensión que ha prestado a su relato:

Me alegro de que haya gustado a Vd. «El duende beso». Yo hubiera dado al cuento cinco o seis veces mayores dimensiones de las que tiene, si no fuera por lo pequeño que es *El Liberal* (suele tener cuatro páginas en los ejemplares consultados) y por la manía de Fernández Flórez de que todo artículo sea brevísimo, suponiendo que casi nadie lee el que pasa de dos columnas, y que ahora casi es menester escribir en estilo telegráfico para ser leído. Yo considero completamente falso lo que dice Fernández Flórez. Es más creo que un cuento que no pasa de columna y media o dos columnas es un chascarrillo o no es nada sino una ñoñería tonta aunque se escriba Tácito, modelo de concisión. Yo quiero, sin embargo, escribir en *El Liberal*, porque es periódico que circula y se lee mucho. De aquí que trate yo de vencer la dificultad de escribir cuento en cifra, aunque rara vez lo consiga (p. 288).

Al respecto, hay que señalar que el texto de Fernanflor, en el número del periódico citado, ocupa columna y media, el de Valera, unas tres columnas, y el de Blasco Ibáñez, que se desarrolla hasta la segunda página, otras tres columnas aproximadamente.

Muy poco después, en 1898, «El duende-beso» pasa a formar parte de su libro *De varios colores*, editado ese año, porque, como es sabido, Valera solía publicar gran parte de sus textos, primero, en los periódicos nacionales del momento y, más tarde, en volúmenes de temática variada, lo que en el fondo no era más que una cuestión crematística, puesto que el autor recibía cierta ganancia en cada una de sus ediciones.

Lo que sí parece cierto es que tanto el autor como el editor, Fernando Fe, no parecen conceder mucha importancia este cuento, puesto que no se cita expresamente ni en la portadilla del volumen, ni en el posible índice (el volumen carece del mismo), sino que está englobado con otros relatos u obritas breves en una sección titulada «Breves historias»<sup>10</sup>. Del carácter un tanto misceláneo de la recopilación habla Valera en el prólogo:

---

<sup>10</sup> Juan Valera, *De varios colores*, Madrid, Fernando Fe, 1898, pp. 55-64. Las restantes referencias a este volumen se señalan mediante la indicación de página. Están reunidos en

No todas las flores son frescas y bonitas; también las hay mustias y feas. No se me culpe, pues, de presumido, si valiéndome de una figura retórica llamo flores de mi pobre y agostado ingenio a los cuentos que siguen. Y suponiendo ya que son flores añadiré que carecen de relación entre sí y que yo las reúno caprichosamente para formar con ellas un ramillete o manojo. Sea este breve prólogo la cinta o el lazo que las ate, para que cada una de las flores no se vaya por su lado (p. V).

También pone de manifiesto que su intención, como escribe en otros lugares en los años finales del XIX, por ejemplo, en *Morsamor* (1899), es muy simple: una sencilla distracción mental ante una situación anímica y vital marcada por la decadencia física del escritor, unido todo ello a los males de la patria en aquel nefasto momento histórico. Así escribe:

Yo diré sólo para procurarme la indulgencia hasta de los más severos, que mi propósito al escribir y al reunir los cuentos es tan modesto como inocente. No me propongo enseñar nada, ni moralizar, ni probar tesis, ni resolver problemas, ni censurar vicios y costumbres. Lo único que me propuse al escribir los tales cuentos es distraerme o divertirme en el casi forzoso retiro a que mi vejez y mis achaques me condenan (p. VI).

Más tardíamente, en 1930, el cuento fue traducido al francés, con el título de «Le baiser follet», por A. Francastel, para la *Revue Bleue*, un texto que hemos visto y que supone cierto interés ocasional por parte de algunos escritores franceses acerca del relato que nos ocupa. La fuente del relato es, como hemos apuntado, un libro raro, conocido por Valera debido a sus aficiones bibliofílicas, del que tendría ejemplar en su biblioteca personal<sup>11</sup>, y que, sin duda, habría leído; es un tratado barroco con pretensiones científicas titulado *El ente dilucidado*.

---

esta sección los siguientes textos: «El caballero del azor», «Los cordobeses en Creta», «El doble sacrificio», «Los telefonemas de Manolita», en dos cuadros, (a continuación «El duende-beso»), «El último pecado» y «El San Vicente Ferrer de talla». «Estragos de amor y celos», que completa volumen, se anuncia simplemente con el título de «Drama trágico».

<sup>11</sup> Sin embargo, no hemos visto reflejado este volumen en la donación que hizo Valera al que luego se denominaría Instituto Aguilar y Eslava de Cabra; vid., Lourdes Pérez Moral, «A propósito de la donación, identificación y localización de los libros de don Juan Valera en la Biblioteca del Instituto-Colegio de Cabra (Córdoba)», en *Silva literaria de varia lección (De Cervantes a Valera)*. In memoriam Matilde Galera Sánchez, coord. Antonio Cruz Casado, pról. María José Lara González, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2006, pp. 113-162

FRAY ANTONIO DE FUENTELAPEÑA Y *EL ENTE DILUCIDADO*

La vida y, sobre todo, la obra del capuchino fray Antonio de Fuentelapeña (1628-c.1702) trasciende ampliamente la segunda mitad del siglo XVII, periodo en que se desarrolla la mayor parte de su aportación a la cultura religiosa y científica del momento.

El conocido bibliógrafo Nicolás Antonio nos transmite algunas noticias sobre su personalidad y se refiere sólo a su obra más divulgada, *El ente dilucidado* (1676), de la que dice que se ocupa: «*de natura eorum quos antichi ethnici Lemures sive Larvas, nos Duendes, Itali vero Spiriti folleti appellant, quos e genere Angelorum esse qui cum Lucifero ceciderunt vulgus credit*» (I, 120)<sup>12</sup>. No le da tiempo a don Nicolás a incluir en su repertorio (preparado ya en 1671, en su mayor parte) otras obras del capuchino, como *Escuela de la verdad* (1701)<sup>13</sup>, en que se ocupa de la oración mental, y un tratado anterior, titulado *Retrato divino* (1688)<sup>14</sup>, que tuvo dos ediciones; en estos dos libros hay que determinar si son obras completamente distintas o, al contrario, estamos ante dos tratados con numerosas concomitancias (parecen dos redacciones algo diversas de un amplio material común a los dos).

De *El ente dilucidado* se contabilizan hasta el momento cuatro ediciones; dos muy cercanas entre sí (1676 y 1677), en el siglo XVII, y dos en nuestros días (1976 y 2007)<sup>15</sup>. La cuestión fundamental y única del libro aparece expuesta en los términos siguientes: «en que se prueba que hay animales invisibles, y que por la mayor parte lo sean, los que se llaman duendes, trasgos y fantasmas». Tras un larguísimo y complejo razonamiento, con multitud de autoridades clásicas y coetáneas, ayudado de una ingente labor de lectura ejemplificadora, junto con una buena fe asombrosa, fray Anto-

<sup>12</sup> Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid, Joaquín de Ibarra, 1783, I, p. 120 a. He aquí la traducción de Google de este fragmento: «En cuanto a la naturaleza de aquellos a quienes la raza antigua llamaba Lemures o Larvas, nosotros Duendes, pero los italianos los llaman Espíritus tontos, a quienes el pueblo común cree que son de la raza de los Ángeles que cayeron con Lucifer».

<sup>13</sup> Fray Antonio de Fuentelapeña, *Escuela de la verdad en que se enseña a Lucinda y debajo de su nombre a todas las almas, que tocadas de la luz divina aspiran a la perfección, los medios verdaderos que han de escoger y los engañosos que han de dejar para llegarla felizmente a conseguir*, Madrid, Lorenzo García, 1701, grafía actualizada.

<sup>14</sup> Fray Antonio de Fuentelapeña, *Retrato divino en que para enamorar las almas se pintan las divinas perfecciones con alusión a las facciones humanas*, Madrid, Melchor Álvarez, 1688, grafía actualizada.

<sup>15</sup> Tenemos noticias de otra edición más reciente, que no hemos visto aún: Antonio Fuentelapeña, *El ente dilucidado*, A Coruña, Editorial Órbigo, 2022.

nio concluye que los duendes existen: «habiendo en todo el discurso deste libro hecho dilatada descripción de los duendes, mostrando sus partes físicas, sus propiedades y accidentes»<sup>16</sup>, etc., y los define de la forma siguiente: «*duende* no es otra cosa, que un animal invisible, *secundum quid*, o casi invisible, trasteador» (p. 531). Y justifica, razonadamente, la bondad de su definición:

Esta definición parece ser buena y verdadera –añade-. Verdadera por todo lo que queda dicho en este libro; y buena porque observa puntualmente las leyes de tal, porque esta definición consta de género, y género inmediato, que es la palabra animal en que tiene la razón de convenir con todos los demás animales. Consta también de la última diferencia, que es trasteador casi invisible, pues por la palabra casi invisible se diferencia de los animales trasteadores, que son visibles absolutamente, como son las monas, los gatos, las urracas y otros, y por la palabra trasteador se diferencia de los animales casi invisibles que de ningún modo trastean, como son el ácaro, el arador y otros (p. 531).

Entre las cuestiones que se dirimen a lo largo del texto y que unas veces se aceptan y otras se rechazan, basándose sobre todo en los principios de autoridad y en la comprobación más o menos científica de los hechos, encontramos una serie de extravagantes «dudas», como las califica el autor, que bordean extraños aspectos cercanos a la heterodoxia, como «cuál sea de los sexos el más perfecto, el masculino, el femenino o el hermafrodita, que los abraza ambos» (n.º 226)<sup>17</sup>; «si el hermafrodita en quien prevalecen con igualdad los sexos, podrá casarse a un mismo tiempo con un hombre, y con una mujer» (n.º 279); «si podrá una mujer parir cada día de todo el año» (n.º 358); «si las mujeres pueden convertirse en hombres, y al contrario» (n.º 454) (¿Qué diría fray Antonio si pudiera vernos ahora?); «si podrá una doncella concebir inculpablemente, y sin pérdida de la formal y material virginidad, y sin corrupción de la estrechez nativa» (n.º 486); «que los duendes hacen violencia y oprimen a los dormidos» (n.º 931); «si en la

<sup>16</sup> Fray Antonio de Fuentelapeña, *El ente dilucidado. Discurso único novísimo que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y cuales sean*, ed. Arsenio Dacosta, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 2007, p. 530; las restantes referencias a esta edición se hacen mediante la indicación de página. El volumen lleva una serie de estudios introductorios básicos para la biografía del autor y la interpretación de la obra. Entre los estudios más recientes, cfr., Anel Hernández Sotelo, «Sobre la especulación duendina. Los argumentos de Antonio de Fuentelapeña en *El ente dilucidado* (1676)», *Fronteras de la Historia*, núm. 17, I, 2012, pp. 48-74.

<sup>17</sup> El número indica el párrafo en el que se desarrolla el tema en cuestión.



naturaleza hay algún manjar o bebida, que pueda alargar la vida más de lo que había de durar» (n.º 1083); «si puede un hombre dormir naturalmente muchos años continuos» (n.º 1306); «cómo el cadáver derrama sangre a la vista del matador» (n.º 1419); «cómo enriquece el lobo al hombre que mira» (n.º 1480); «cómo persistan sin morir los que habitan la isla Memoria» (n.º 1523); «si los duendes pueden naturalmente elevarle [al hombre] en el aire» (n.º 1743), o «si el hombre puede artificiosamente volar» (n.º 1780). Estas y otras maravillas son las que propiciaron el rescate del libro en nuestros días, en 1976, incluido entonces en una colección de «Visionarios, Heterodoxos y Marginados», aunque muchas de estas apreciaciones se encuentran ya en la literatura europea y española del siglo XVI, como se comprueba en la *Historia de Gentibus Septentrionalibus* (1555), de Olaus Magnus, en el *Jardín de flores curiosas* (1570), de Antonio de Torquemada<sup>18</sup>, o en los cuentecillos de tema sobrenatural y cinagético de Luis Barahona

<sup>18</sup> En esta obra se le dedica alguna atención a los duendes; así, por boca del interlocutor Antonio se nos dice: «Los demonios por muchas maneras se nombran, y por vocablos muy diferentes, aunque cada nombre por cierto respecto guarda su particular significado; y aunque lamia sea un género de demonios, también se nombran por este vocablo las brujas, hechiceras, como personas que tienen hecho concierto con los demonios. Y *lares* quieren decir lo que acá llamamos trasgos o duendecasa; y como éstos son espíritus, parece que se contradice con lo que en otras partes ha sentido», Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, ed. Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1982, p. 251. Más adelante, en el mismo «Tratado tercero», se habla de nuevo del tema. Luis, otro de los intervinientes en el diálogo, pone en duda su existencia: «Y pues habemos hablado en las burlas, querría que también me satisficisédes a lo que comúnmente se dice de los trasgos y duendes de casa, de los cuales se cuentan tantos cuentos que a cada paso hallaréis quien os diga uno nuevo; y yo no puedo persuadirme a pensar que sea verdad, sino que cada uno finge lo que se le antoja», *ibid.*, p. 298. Además de esta edición, hemos consultado on line la siguiente: Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, ed. Enrique Suárez Figaredo, Lemir, 16, 2012. El duende como personaje aparece también en uno de los poemas más curiosos de Arjona, el fundador de nuestra Academia, cuyos primeros versos dicen así: «Madre mía, murió el duende;/ ya no tenemos con qué/ poder asombrar al niño /cuando rabiare, ¿qué haré?/ Se asomaba al Postiguillo / y los dientes le enseñaba, / y le sacaba la lengua, y el niño al punto callaba», *apud* Antonio Cruz Casado, «Manuel María de Arjona, el fundador de la Real Academia de Córdoba (1771-1820)», *Académicos en el recuerdo*, coord., José Manuel Escobar Camacho y Francisco Solano Márquez, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2017, vol. I, p. 39. Con relación a su etimología, el término procede una serie de apócopes de la cadena fonética siguiente: «dueño de casa», «duende casa», así aparece en el *Jardín de flores curiosas*, como hemos visto, y finalmente «duende»; para el desarrollo etimológico de la palabra, véase Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1984, vol. 2, pp. 528-529.

de Soto<sup>19</sup>, corriente que impregnó ampliamente la última obra de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), por no citar más que algunos hitos relevantes de la tendencia.

Claro que todas estas cuestiones que se ponen de relieve en *El ente dilucidado* (y muchas más igualmente peregrinas) no pueden achacarse al crédulo pensamiento del fraile capuchino, sino que pertenecen, más bien, a las creencias generales, populares y científicas, de la época, marcada por las supersticiones más inquietantes y peligrosas, que afectaban a toda la sociedad, desde el monarca, Carlos II el Hechizado, al último de los labradores que mandaba conjurar con ensalmos religiosos las temidas plagas de langostas.

#### CONTRA *EL ENTE DILUCIDADO* Y SU AUTOR: DÁVILA HEREDIA Y FEIJOO Y MONTENEGRO

El libro fue impugnado, muy poco después de sus primeras salidas, en pleno Barroco tardío, por don Andrés Davila Heredia, Capitán de caballos, Ingeniero militar y Profesor de las [sic] matemáticas, en un volumen titulado *Responde [...] al libro El ente dilucidado* (1678), en el que va criticando ordenadamente muchas de las dudas antes señaladas. Ya desde el prólogo mantiene que es público: «que son juguetes de los muchachos los duendes, no siendo animales irracionales, ni dañosos, porque más son el entremés de las mozas de fregar que otra cosa». Y añade luego, con marcada ironía: «Es muy trivial manifestar que los duendes, o fantasmas, que se sienten en las casas, no hacen más daño que un poco de ruido, extremado asunto para escribir 219 fojas».

Tiempo después, el gran develador de supersticiones y milagros, fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, al tratar de los «Duendes y espíritus familiares», comienza diciendo: «El padre Fuente la Peña [sic], en su libro del *Ente dilucidado*, prueba muy bien que los duendes ni son ángeles buenos, ni ángeles malos, ni ánimas separadas de los cuerpos. La principal razón es que los juguetes, chocarrerías y travesuras que se cuentan de los duendes no son compatibles, ni con la majestad de los ángeles gloriosos, ni con la tristeza suma de los condenados» (p. 103), para concluir, tras atinadas reflexiones, cargadas de buen sentido, en la inexistencia de tales entes:

<sup>19</sup> Cfr., al respecto, Antonio Cruz Casado, «La caza fantástica: cuentecillos de tema sobrenatural en los *Diálogos de la Montería*, de Luis Barahona de Soto», en *Angélica. Revista de Literatura*, 9, 1999, pp. 7-35.

«no es razón gastar más tinta en impugnar tan irrisible [sic] fábula» (p. 107), dice al final de su ensayo.

Estas y otras opiniones igualmente críticas y negativas pudieron influir en la persecución y destrucción masiva de ejemplares de *El ente dilucidado*, al decir de algunos estudiosos, quizás considerado como una obra aberrante y motivo de ludibrio para el benévolo autor capuchino.

## EL CUENTO DE JUAN VALERA

---

Todavía en el siglo XIX lo recordaba, con cierta fruición, don Juan Valera, que dedicó a su autor, además de diversas referencias epistolares, un simpático relato, *El duende-beso* (1897), cuya acción se sitúa en 1672 y que está protagonizado por el mismo fray Antonio de Fuentelapeña, que aquí aparece como un personaje muy experto en los conocidos seres del mundo invisible, como venimos apuntando.

En el texto se pueden señalar las tres partes clásicas de la mayoría de las tramas argumentales, tanto de tipo escénico como narrativo, designadas como exposición, nudo y desenlace.

La exposición nos presenta la situación en la que se debaten unos personajes que tienen un comportamiento un tanto extraño, especialmente la protagonista del relato, doña Eulalia, una joven noble, afectada por una especie de melancolía que se complace en misteriosas conversaciones con seres invisibles, o al menos así parecen sentirlo los sirvientes de la casa y especialmente el padre. Para arreglar esta extraña manía, se ha hecho venir a la villa en la que sucede la acción al más famoso de los expertos en seres del mundo invisible, al mismísimo fray Antonio de Fuentelapeña.

El monje cartujo mantiene una conversación inicial, tras su llegada al lugar, con otro religioso, fray Domingo, igualmente conocedor de estas situaciones que rondan el misterio y lo satánico. La docta charla que mantienen sirve al lector para enterarse de lo que se vislumbra en la noble casa de la joven doña Eulalia. Así comentan:

- Vuestra reverencia me ha de perdonar si le contradigo. No veo prueba en contra de la posesión o de la obsesión de la joven. Aunque me esté mal el decirlo, sabido es que, a Dios gracias, ejerzo bastante imperio sobre los espíritus malignos, y que he expulsado a no pocos de los cuerpos que atormentaban. Si los que atormentan a la joven doña Eulalia no me obedecen, no es porque no estén en ella o en torno de ella, sino porque son muy ladinos y marrajos. Si están

en ella, se esconden, se recatan y se parapetan de tal suerte, que se hacen sordos a mis conjuros; y si la cercan, para atormentarla, andan sobrado listos para escapar cuando yo llego, y no volver a las andadas sino después que me voy. Los síntomas del mal son, sin embargo, evidentes. Sobre lo único que estoy indeciso y no disputo, es sobre si el mal es posesión u obsesión.

- Pues bien -replicó fray Antonio-, mi conclusión es enteramente contraria, y mientras más lo reflexiono más me afirmo en ella. Doña Eulalia no habla nunca en latín ni en ningún otro idioma que no sea nuestro castellano puro y castizo; sus pies se apoyan siempre en el suelo cuando no está sentada o tendida; en vez de estar desmedrada, pálida y ojerosa, sé que está muy guapa y de tan buen color que parece una rosa de mayo; y el que ella repugne casarse con ninguno de los novios que su señor padre le ha buscado, y el que ande melancólica y retraída, y el que tenga por las noches y a solas, en su retirada estancia, coloquios misteriosos con seres invisibles, no prueba que esté endemoniada ni mucho menos. Los demonios jamás son tan benignos y apacibles con una criatura. Ser, por consiguiente, de menos perversa y dañina condición que los ángeles precitos, es quien tiene trato y coloquios con mi señora doña Eulalia. *Ergo*, no es demonio, sino duende quien la visita y habla con ella. Y conocedor yo de este suceso, y empleándome como me empleo en el estudio de los duendes, según lo testifica mi ya celeberrimo libro *El ente dilucidado*, he venido por aquí a ver si me pongo en relación con el duende que visita a doña Eulalia y logro arrojarle de su lado, valiéndome de los medios que me suministra la ciencia<sup>20</sup>.

La situación se complica en lo que se podría denominar el nudo argumental del relato, que consiste en arreglar el mal comportamiento de la rara joven. El supuesto duende que visita a Eulalia y la tiene seducida se convertirá en un apuesto mancebo. La conversación entre los clérigos nos informa de esta circunstancia:

Fray Domingo hizo señal de que no descubriría lo que se le dijese y fray Antonio continuó en voz misteriosa y baja:

- El duende que visita a doña Eulalia se ha franqueado conmigo y me lo ha explicado todo. Harto se comprende que sea yo estimado, querido y familiar entre los duendes, a quienes he defendido de las injurias y calumnias que propala contra ellos el vulgo ignorante. Yo

<sup>20</sup> Citamos por la siguiente edición: Juan Valera, «El duende-beso», *De varios colores*, Madrid, Fernando Fe, 1898, pp. 56-57. Las restantes referencias a páginas se insertan en el cuerpo del texto.

he demostrado que no son diablos, ni almas en pena, sino criaturas sutilísimas e invisibles, casi siempre traviesas y alegres, que se engendran en lo más delgado del aire. Agradecidos los duendes, ¿qué tiene de particular que acudan a conversar conmigo? Además, que mis estudios y meditaciones sobre todos los secretos de la madre Naturaleza y mi asidua investigación acerca de los seres más menudos y casi incorpóreos, han aguzado de tal suerte mis sentidos, que veo, toco y oigo lo que por ingénita y grosera dureza del sentir no notan ni descubren los otros mortales. Perdóneseme la jactancia; yo descubro, al tender mi penetrante mirada por el universo, cien veces más vida y más inteligencia que la que ve la inmensa mayoría de los hombres. En suma, y contrayéndonos al presente singular caso, el duende, hará cerca de diez años, desde que doña Eulalia cumplió quince, hasta dentro de tres días, que cumplirá veinticinco, se entienda con ella, la aparta de la convivencia de la gente y la hace arisca y zahareña; pero me ha predicho que desaparecerá dentro de los indicados tres días, y hasta que antes se dejará ver bajo la figura de un gallardo mancebo. Doña Eulalia quedará libre entonces de toda molestia, y aunque siempre recatada, honestísima y decorosa, depondrá sus desdenes, dejará de ser huraña y se hará para todo el mundo conversable y mansa (pp. 57-58).

Y es lo que sucede efectivamente en el desenlace, un final feliz que hace que la joven cambie de carácter y que todo se prepare para la próxima boda, porque en realidad el tal duende no era más que un muchacho enamorado de la rica heredera, el cual, andando el tiempo se ha convertido en un bizarro mancebo que reclama la mano de su amada. Es lo que sucede cuando el padre y los religiosos penetran en la habitación de la dama:

No hubo modo de evitarlo ni de retardarlo, y la puerta se abrió de par en par y de súbito. En medio de ella, como magnífico retrato de Claudio Coello, encerrado en su marco, apareció un galán muy bizarro y apuesto, con traje e insignias de capitán, larga espada al cinto, airosas plumas en el sombrero que llevaba en la diestra, rica cadena de oro y veneras que en su pecho brillaban y espuelas, de oro también, asidas a sus amplias botas de camino.

Don César, que era muy violento y celoso de su honra, no hubiera sabido contenerse y hubiera caído sobre el forastero, si ambos frailes, cada uno de un lado, no le contienen.

El galán, con voz reposada y serena dijo entonces:

- Sosiéguese mi señor don César y no tome a mal que me presente tan a deshora. Yo soy el capitán don Pedro González de la Rivera, de cuya renta y condiciones ha escrito a su señoría mi amigo el banquero genovés Jusepe Salvago, y de cuyos altos hechos de armas en Portugal, en Flandes, en Italia y en el remoto Oriente le han dado noticias otras varias personas muy respetables. Aspiro a la mano de doña Eulalia; ella me ha dado prueba de que me quiere para esposo; y sólo nos falta el consentimiento paterno y después la bendición del reverendo padre fray Antonio, que está presente y que espero no ha de negarse a bendecirnos (pp. 60-61).

Finalmente hay una amplia explicación del título del relato, la creación de un duende-beso, efecto del gran amor que se profesa la pareja, lo que da origen a un ser espiritual que ha servido de enlace a ambos contrayentes.

Fray Antonio quiso entonces justificarse, y antes de volver a Madrid, donde habitualmente residía, habló al padre guardián como sigue:

- No sólo ha habido duende, sino uno de los duendes más poéticos que en este mundo sublunar puede darse. Era ella tan pura, tan cándida y tan ignorante de lo malo, que a los quince años parecía ángel y no mujer. Él era bueno y sencillo como ella. Ambos se amaban con la más ardiente efusión de las almas, sin la menor malicia, sin que la dormida sensualidad en ellos despertase. Anhelaban unirse en estrecho y santo lazo; vivir unidos hasta la muerte, como en unión castísima habían vivido desde la infancia. A esto se oponía el desnivel de posición social. Menester era que Periquito ganase posición, nombre, gloria y bienes de fortuna. Al separarse para irse él a dar cima a su empresa, sin estímulo vicioso, con inocencia de niños y con fervoroso amor del cielo, se unieron sus bocas en un beso prolongadísimo. Sin duda se interpuso entre labios y labios una levísima chispa de éter, átomo indivisible, germen de inteligencia y de vida. El fuego abrasador de ambas almas enamoradas penetró en el átomo, le dio brillantez y tersura, y cuanto hay de hermoso y de noble en el mundo, vino a reflejarse en él como en espejo encantado que lo purifica y lo sublima todo. Los santos anhelos de amor de él y de ella, se fundieron en uno; y sin desprenderse enteramente de ambas almas, tuvieron en la misteriosa unión ser singular y substancial suyo y algo a modo de vaga, indecisa y propia conciencia. Se separaron los amantes. Él fue muy lejos; peregrinó y combatió. Durante diez años, no supieron ella de él, ni él de ella, por los medios ordinarios y vulgares. Pero el unificado deseo de ambos, el duende que nació del beso, con pintadas alas de mariposa y con la rapidez del rayo,

volaba de un extremo a otro de la tierra; y ya se posaba en ella, ya en él, y hacía que se estrechasen como presentes, y renovaba el casto beso de que había nacido, no como recuerdo vano, sino como si nuevamente y con la misma o con mayor vehemencia ellos se besaran. No dude, pues vuestra reverencia de que el tal duende existe o ha existido. ¿Cómo explicar sin él la tenaz persistencia, durante diez años, de los mismos amores? El deseo no era sólo de ella. El deseo no era sólo de él. En ambos estaba, pero, al unirse, se separó de ambos, creando la unión un ser distinto. Este ser no tiene ya razón de ser; desaparece, pero no muere. No debe decirse que ha muerto o que va a morir la chispa inteligente, enriquecida con la viva representación de toda la hermosura, de la tierra y del cielo, cuando, cumplida la misión para que fue creada, se diluye en el inmenso mar de la inteligencia y del sentimiento, que presta vigor armónico y crea la luz y hace palpitar la vida en la indefinida multitud de mundos que llenan la amplitud del éter (pp. 62-63).

Como puede deducirse de los amplios fragmentos señalados, el tono fantástico e irreal resulta dominante en la mayor parte del relato, aspecto que encontramos reflejado en otros lugares de la prosa valeriana. Es lo que percibimos, por citar un caso no muy conocido, en uno de los cuentos de Valera, titulado «Por no perder el respeto» e incluido en la recopilación de *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Aquí dos enamorados se sienten arropados por un sensual ambiente amoroso y fantástico, algo que también se expresa en su conversación:

- Lo sé, lo veo, hijo mío -replicó la viuda-. Tú eres de los que no hay; algo de extraño y que no se estila. Y sin embargo... a pesar de tu excelente condición ... ¿quién sabe?... ni aquí ni a mucha distancia de aquí hay criaturas de nuestra casta. Pero ¿podremos afirmar que en torno nuestro, sin que nosotros los veamos ni los sintamos, no haya duendes o diablillos traviesos que nos hablen al oído y nos infundan malos pensamientos?... Si he de confesarte la verdad, yo tengo miedo. Y no temo por ti ni por mí, si naturalmente seguimos siendo como somos. Temo por el misterio que nos rodea y en el cual tal vez se esconda no sé qué brujería o hechizo.

- Pues nada, señá Nicolasa, sosiéguese usted y no tema. Aquí no hay diablo ni duende que valga. Contra todos ellos, si los hay, me defenderé yo y defenderé a su mercé, y su mercé y yo seguiremos siendo los mismos que antes, sin trastorno ni encantamento<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> *Cuentos y chascarrillos andaluces tomados de la boca del vulgo*, Madrid, Fernando Fe, 1898, p. 261.

Y es que la sombra de *El ente dilucidado* y su autor parecen arropar ocasionalmente la vida real del joven Valera, al menos desde 1851, como hemos visto en su correspondencia, así como la de algunas de sus ficciones más tardías (1897).